

ALGUNAS PALABRAS...

Porque somos jóvenes y no queremos perder la rebeldía más genuina en la edad en que no debemos perderla; porque nos sabemos libres y no admitimos se nos use para el acatamiento injustificado, para la sumisión silenciosa, para la dependencia instrumentada de los demás; porque queremos ser independientes, personales, responsables y no queremos perder la cuenta de lo que valemos, ni olvidar el sentido en que debemos servir la verdadera libertad; porque nunca hemos luchado juntos por un interés de todos, ni perdido juntos nada que nos interesara a todos y seguimos creyendo en el viejo mito que hace a los fuertes y a los débiles, a los pobres y a los ricos, hombres distintos entre los otros hombres; porque queremos empeñarnos en vivir prácticamente el respeto, la verdad, la justicia; porque no admitimos la desigualdad que humilla ni creemos en las abstracciones que dividen; porque no nos creemos mejores ni peores que los demás y no tenemos más pureza que la sinceridad de nuestra esperanza.

Porque de ninguno de nosotros admitimos el que se nos pueda reducir a la categoría de medio para la realización de individuos o sociedades; porque cada uno de nosotros se sabe y se quiere dueño del sentido profundo que quiere dar a su propia existencia; porque nuestra fe nos dice de los derechos inalienables a la libertad de conciencia, a la libertad de trabajar y estudiar, a la libertad de asociarnos; porque nuestra fe nos exige la necesidad de comprometernos y como hombres vivir el riesgo de nuestro compromiso, más allá de las ventajas económicas, más allá de los cálculos de la comodidad; porque soñamos en la creación de un mundo justo, donde el uso de la libertad de unos no impida la de los demás y favorezca el logro de metas inalcanzables por el sólo esfuerzo personal; porque creemos que el hombre no debe realizarse junto al hombre sino con el hombre y queremos una sociedad donde cada uno participe del dolor y de la alegría de los demás; porque queremos que la riqueza cuando aumenta, aumente en la casa de todos cuando todos contribuyeron a crearla.

Por todo esto, queremos un mundo nacido de una nueva fe en el hombre libre, responsable y trascendente, el mundo del hombre comunitario. No rechazamos la autoridad, pero sólo la vemos legítima cuando asegure el equilibrio entre ese hombre y esa comunidad en que está integrado. Creemos, por fin, que la orientación práctica de esa comunidad debe ser instrumentada en un sistema representativo donde las preferencias de la mayoría regulen la convivencia.

Nuestra Universidad en su politización, reflejo hoy de la de un cuerpo social más vasto, nos niega el mensaje humano con que debería formarnos. En ella, las vocaciones intelectuales más auténticas se frustran esperando una respuesta que no se encuentra, y mueren por el temor a un futuro desconocido, en la adhesión a esquemas vacíos de lo humano.

Nuestra fe, dentro y fuera de la Universidad, no es utopía. No queremos programas, no queremos reformas de estructuras, si no nacen y se realizan en el amor del hombre real y concreto, el que sufre, el que nace y muere, el que vive en el tiempo y tiene nostalgia de absoluto.

Cuando la confianza desplace al odio y la mentira, cuando el hombre respete al hombre, cuando la sociedad lo dignifique y no lo aplaste, cuando el amor prevalezca, entonces vivirá nuestro humanismo porque vivirá lo humano.